

# BLANCO WHITE: LA MALDICION DEL RENEGADO

**H**A pasado muchos años Juan Goytisolo tras la pista de Blanco White, y ahora llegan los primeros frutos de un esforzado trabajo por desenterrar a uno de nuestros mejores escritores malditos. Un clavo saca otro clavo, y ha sido otro de nuestros malditos quien nos ha devuelto a mejor vida histórica y literaria al canónigo José María Blanco White, espíritu libre, nacido en Sevilla en 1775 y muerto en Londres en 1841. El propio Goytisolo confiesa (1) nada secretas motivaciones en esa exhumación del cadáver del ex canónigo sevillano: «... advierto que al hablar de Blanco White no he cesado de hablar de mí mismo. Si algún lector me lo echa en cara y me acusa de haber arrimado el ascua a mi sardina, no tendré más remedio que admitir que la he asado por completo. Pero añadiré en mi descargo que resulta difícil, a quien tan poco identificado se siente con los valores oficiales y patrios, calar en una obra virulenta e insólita como la que a continuación exponemos, sin caer en la tentación de penetrarse con ella y asumirla, por decirlo así, como resultado de su propia experiencia».

La publicación de la «Obra inglesa de Blanco White» en Buenos Aires, ya que no pudo hacerse en España, replantea no sólo el paralelismo entre dos escritores españoles malditos (Blanco White-Goytisolo Gay), sino entre dos situaciones históricas más sucesivas que paralelas en que la organización de la política, la sociedad, la cultura española hizo posible el extrañamiento. Blanco White nació intelectualmente en una España aterrada ante los avances de la Ilustración, una España conmocionada por la experiencia de la Revolución francesa, en la que los folletos de propaganda liberal los distribuían los ciegos, poseedores de una irrefutable coartada fisiológica para distribuir lo que distribuían. Blanco White se hace cura, toma contacto con los ilustrados españoles de su tiempo, entra en conflicto con la atmósfera asfixiante de una España controlada por curas y aristócratas, at-

rrados ante cualquier perspectiva de cambio, y decide una actitud crítica que le llevará a todo tipo de conflictos: luchará contra el orden establecido, colgará los hábitos, se expatriará, cambiará la lengua, merecerá el olvido y la calumnia por parte de la crítica literaria y oficial de la España del siglo XIX, para llegar al siglo XXI sin que sepan su nombre o conozcan su obra un 99 por 100 de los licenciados en Literaturas Hispánicas.

La larga reflexión-prólogo de Goytisolo se plantea el cómo y porque de la fijación de «valores culturales» en nuestro país. Ningún otro ha sido tan implacable con sus heterodoxos, y si contemplamos cómo las literaturas escolares francesas han perdonado la vida a Voltaire, Baudelaire, Artaud o Aragon, nuestra cultura aún no ha firmado un tratado de paz efectiva con Blanco White, Manuel Azaña o Luis Cernuda. Nuestra cultura «comunicada» ha heredado una primera mitad de un siglo XIX lleno de mediocridades, para no tener que reconocer el valor de muchos «liberales y románticos» (en expresión de Vicente Llorens), de muchos socialistas utópicos, que al perder la batalla histórica fueron

culturalmente enterrados en tierra de nadie o en tierra extranjera.

Especialmente lamentables estas pérdidas en caso como el de Blanco White, un espíritu históricamente hipersensible que no conoció otro fanatismo que el del antidogmatismo y que tuvo conciencia receptiva para lo mejor de la cultura europea de su tiempo. Blanco White fue un inmenso escritor y una conciencia lúcida, cuya sola vigencia en nuestra cultura hubiera servido para dar raíz al pensamiento crítico español del siglo XIX en todos sus matices y niveles: de un Larra a un Fernando Garrido, de un Sixto Cámara a un Pi Margall. Como indica Goytisolo, fue uno de esos contadísimos españoles a los que el exilio aprovecha como enseñanza y asimilación de una cultura más fuerte y más libre, tan fuerte y tan libre como podía serlo una cultura literaria como

la inglesa de comienzos de siglo XIX, en la que Wordsworth era el posible equivalente de Martínez de la Rosa.

Porque dejó de ser cura, mereció el calificativo de hereje; porque se casó y fue padre, recibió el insulto de libertino concupiscente; porque escribió en inglés y criticó cruelmente la sociedad española que le rechazaba, fue acusado de traidor y renegado. El notario adjetival definitivo de Blanco White fue don Marcelino Menéndez y Pelayo, que en la «Historia de los heterodoxos españoles» dejó listo para sentencia el expediente del maldito escritor sevillano.

En la «Obra inglesa» asistimos a una agudísima descripción de su vida en España entre 1775 y 1809. Es una versión implacable de la España con la que convivió y aturde constantemente la evidencia de que los problemas que presenciaba Blanco a fines del siglo XVIII son semejantes a muchos de los que podemos contemplar a fines del siglo XX. Especialmente sorprende el paralelismo entre la crisis de fe de aquellos clérigos y los de ahora, su forcejeo de entonces y ahora por encontrar verdades en la realidad y no en las acuñaciones es-

nas y volví sin demora al lugar en donde sabía que me desollarían más: Sevilla —la ciudad más fanática de España—, en aquel momento bajo el dominio absoluto de una plebe supersticiosa e ignorante, guiada por esa porción de clero que era para mí objeto de un desprecio y horror igualmente grandes».

Blanco White trató de luchar con la pluma en favor del liberalismo, con una pasión que en ocasiones alarmó a compañeros de causa, como el propio Quintana. Luchaba contra esa España atrazada y programadamente esclavizada que describe en sus «Cartas desde España», una España traumatizada por una sucesión de genocidios de sus propios herejes: moros, judíos, moriscos, erasmistas, reformistas. Le indigna la sumisión de «la masa», sin instrumentos intelectuales el propio White para comprender los factores de su alienación: «Tratándose de obispos y de su poder espiritual, las tragaderas de Juan Español son tan voraces y anchas como las de John Bull para rosbit y cerveza. Le indigna la «persecución contra la mujer», como ángel del mal tentador y vía de todo pecado, principal protagonista de la maldad desde la óptica carrinlona de la religiosidad militante. Todas las indignaciones concretas del escritor proceden de su repugnancia fundamental contra el fanatismo, y busca la razón fundamental de su divorcio con la «España establecida» precisamente porque los cimientos de la España oficial estaban secularmente apuntados con fanatismo. Al referirse a la Reconquista nos dirá: «Un combate tan prolongado y fiero ha asociado inseparablemente en el espíritu de los españoles toda idea de honor con ortodoxia y cuanto es odioso e indigno con heterodoxia y disconformidad». Ve Goytisolo en algunas tesis y páginas de White anticipos de las tesis históricas de Américo Castro sobre el sustrato racial e «ideológico» de los españoles, por llamar de alguna manera el brebaje ideológico que ha amantado secularmente a las clases hegemónicas de este país. Brebaje derivado de sus intereses materiales coyunturales, como cualquier interpretación científica de la historia manda, pero también nutrido con ese poso de intranquencia secular de un pueblo que ha ido de reconquista en recon-

## M. Vázquez Montalbán

tablecidas. Bajo la amenaza constante de la Inquisición, el joven Blanco White va oponiendo las verdades adquiridas a las que dimanaban de la realidad, y del conflicto nace primero la ira contra sí mismo y después la angustia del desafecto.

Buscó en Madrid horizontes más amplios, y allí le sorprendió la invasión napoleónica. Entonces, Blanco White, el hombre que confiesa su odio por el propio país, donde la denuncia de cualquier «miserio sacerdote o laico» hubiera podido enviarle en un momento a las cárceles del Santo Oficio, decidió volver a Sevilla y sumarse a las fuerzas de la resistencia antifrancesa: «Si se hubiera afianzado el gobierno de José Bonaparte, mi patria habría dejado de ser para mí un lugar de servidumbre mental; con todo, desde el instante en que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cade-

(1) «Obra inglesa», de don José María Blanco White, con un prólogo de Juan Goytisolo. Buenos Aires, Ediciones Formentor, SRL, Avenida Belgrano, número 1.462.